

bado estaba, que me parece todavía estar soñando. ¡Yo, yo de la Academia!

Cuídate mucho, hermana querida; cura tus malditas piernas para que puedas venir á París y estés aquí el gran día para ver á tu hermano, la espada al cinto y la casaca verde bordada de laureles, sentándose entre cuanto la Francia cuenta de ilustre.

¿Lo ves? La cabeza me da vueltas. Te doy un beso y me voy á dormir.

Tu hermano que mucho te quiere,

ABEL DE FREYDET.

P. S. No creas que entre tantas aventuras he olvidado las semillas, los arbustos, los tiestos y demás encargos. Todo lo haré un día de éstos, porque todavía estaré aquí algunos más.

Astier-Rehu me ha encargado que nada diga, pero que frecuente los círculos académicos. Lo más importante es ahora dejarme ver.»

IV

—Desconfía, amigo Freydet. Conozco el timo; es el golpe de la pesca: en el fondo se sienten moribundos y se ven enmohecer bajo su cú-

pula. La Academia es un gusto que ha pasado de moda, una ambición que desaparece. Sus éxitos no son más que apariencias: por esto, de algunos años á esta parte, la ilustre Compañía no espera en su casa al parroquiano, sino que baja á la calle y pasea la acera. En sociedad, en los estudios, en las librerías, en los pasillos de los teatros, en todos los centros literarios y artísticos, te tropiezas al académico que va de caza y que sonriendo á los talentos principiantes que encuentra, les dice:—La Academia no le pierde á usted de vista, joven.—Si tiene algún nombre, si el autor lleva un par de tomos publicados, como te pasa á ti, ya la invitación es más directa:—Piense usted en nosotros, querido; llegó la ocasión.—O bien brutalmente, con un empujón afectuoso:—¿De modo que usted no quiere ser de los nuestros?—También se da el timo, pero más insinuante y más dulce, con el hombre de mundo, traductor del Ariosto ó fabricante de comedias de salón, á quien se dice:—¡Eh! Diga usted... ¿No sabe usted?...—Y si el hombre de mundo alega sus escasos méritos, lo poco que vale y que ha hecho, el pescador le suelta la frase consagrada:—La Academia es un sa-

lón.—¡Mil demonios, y lo que ha servido la fracilla! ¡La Academia es un salón: no recibe sólo la obra, sino al autor. Y entretanto al gancho se le recibe y se le mimaba en todas las fiestas, pasando á ser el adulado parásito de todas las esperanzas que hace brotar y cuyo cultivo no descuida.

Al llegar aquí, el buen Freydet se indignó; nunca, en la vida se entregaría su maestro Astier á faena tan baja. Vedrine se encogió de hombros:

—¡Pero si él es el peor de todos! Es el gancho de buena fe y convencido: tiene fe en la Academia: allí está su vida toda, y cuando dice: «¡Si supiese usted qué bueno es!» con el chasquido de lengua del que saborea una pera madura, dice lo que siente, y por esto su cebo es más fuerte y peligroso. Por supuesto, que en cuanto le ha clavado el anzuelo, la Academia ya no se ocupa del paciente, y le deja moverse y sacudirse... En fin, tú eres pescador, y cuando has pescado una buena trucha, de mucho peso y la dejas colgando de la popa de tu lancha, ¿cómo le llamas á esto?

—¿Ahogar el pescado?

—Precisamente. Mira á Moser: ¿no le notas la cabeza de pescado ahogado? Doce años que va á remolque... Y lo mismo Salele y Guerneau y muchos otros que ya no se mueven.

—Bueno; pero se entra en la Academia: llega uno...

—El que va á remolque, nunca. Además, aunque llegues... ¡valiente negocio! ¿Qué producir? ¿Dinero? ¡Menos delo que te rentan tus viñas! ¿Notoriedad? ¡Ah! Sí, pero en un rincón de iglesia del tamaño de tu sombrero. Menos mal si diese talento y si los que lo tienen no lo perdiesen allí, helados por el aire de la casa. La Academia, ves tú, es un salón: hay un tono que debe adoptarse, cosas que no se dicen ó que por lo menos se atenúan. Se acabaron las hermosas inventivas y los golpes de audacia que le descoyuntan á uno. Los más inquietos no chistan con el miedo de manchar la casaca verde: lo mismo que los chicos á quienes ponen el traje de fiesta el domingo: «Divertíos, pero no os manchéis.» ¿Se divierten al menos? Ni esto. Ya sé que les queda la adulación de las cocinas académicas y de las bellas damas que les dominan. ¡Cosa aburrida! Te hablo por experiencia, por-

que alguna vez me dejé llevar... ¡Sí, yo he visto esto, como dice el viejo Rehu, yo! Pécoras preenciosas que me han soltado frases mal digeridas de revista que les salían del pico en largas líneas como las figuras de los jeroglíficos. He oído á la señora Ancelín, esa buena señora gruesa, bestia como un accidente, toser de admiración ante las frases de Danjou, frases de teatro, mecánicamente hechas, tan poco naturales como los rizos de su peluca.

Freydet no acababa de volver en sí. ¡Danjou, el pastor del Lacio, con peluca!

—Media peluca, un bisoñé... Yo he resistido en casa de la señora Astier lecturas etnográficas que hubieran matado á un hipopótamo, y en la mesa de la Duquesa, á pesar de su hipocresía orgullosa, he visto á ese viejo mono de Laniboire ocupando el sitio de honor y diciendo tunanterías de tal especie, que á cualquier otro que no hubiese sido académico le hubieran valido el ser puesto de patitas en la calle acompañado de una de esas frases á lo Padovani, que no te digo más... Lo cómico es que ella misma es quien le ha metido en la Academia á ese Laniboire, al que yo he visto humilde y la-

crimoso á sus pies, suplicando y gimiendo para que le eligiesen. «Nombradle, decía á mi primo Loisillón, nombradle para que me vea libre de él.» Y ahora le venera como á un dios, le pone siempre en la mesa, cerca de ella, sustituyendo su desprecio de antes con la más rendida admiración, á la manera que el salvaje tiembla y se prosterna ante el ídolo que él mismo ha fabricado. Yo los conozco, yo, los salones académicos, todo miseria, pedantería é intriguillas. ¿Y tú te meterías ahí? ¿Por qué? pregunto yo. Llevas la vida mejor del mundo; á mí todo me es indiferente, y sin embargo casi te he envidiado cuando te he visto en Clos-Jallanges con tu hermana: la casa ideal, partida en dos, altos lechos, chimeneas en que se cabe de pie, encinas, trigos, viñas, el río, una vida de campesino noble como la de los héroes de las novelas de Tolstoi, caza y pesca, buenos libros, vecinos no muy tontos, criados que no roban mucho, y para evitar que te embrutezcas en aquel perpetuo bienestar, la sonrisa de la enferma, tan viva y tan despierta en su sillón de impedida, tan atenta cuando á la vuelta de un buen paseo por el campo le lees un hermoso soneto, con versos im-

pregnados de vida, que han brotado reales, escritos con lápiz sobre la silla de tu caballo, ó tendido en la hierba, lo mismo que nosotros ahora, salvo ese horrible ruido de carros y trompetas.

Vedrine se calló; pesados carros cargados de hierro, conmoviendo el suelo y las casas, una estrepitosa sonería del cuartel vecino de dragones, el ronco silbido de un remolcador, un organillo y las campanas de Santa Clotilde coincidieron en uno de esos *tutti* imposibles que como á sacudidas forman los mil ruidos de una gran ciudad. El contraste resultaba muy fuerte entre ese ruido enorme y babilónico que se notaba tan próximo, y el campo salvaje de avena y hierbas, sombreado por altos árboles, en el cual los dos antiguos compañeros de Luis el Grande fumaban y hablaban con entera libertad.

Era esto en la esquina del muelle de Orsay y la calle de Bellechasse, sobre la terraza arruinada del antiguo Tribunal de Cuentas. Grandes macizos verdes, bosquecillos llenos de plátanos y de hiedra que había brotado á lo largo de la balaustrada de piedra cargada de enredaderas

y clemátidas formaban como un retiro verde y apretado donde revoloteaban las palomas y las abejas. En un rayo de luz se destacaba el tranquilo y bello perfil de la señora Vedrine dando de mamar á su pequeñita, mientras el mayor tiraba piedras á los muchos gatos grises, negros y amarillos, que son como los tigres de aquel bosque de París.

—Y ya que hablamos de todo, amigo mío, hablemos de tu libro, de tus versos... Pues bien; tu libro, que no he hecho más que hojear, no tiene el buen olor de tomillo y romero que los otros me recordaban. Huele *Dios en la naturaleza*, á laurel académico, y mé temo que esta vez tu bonita nota campestre á la Brizeux, toda tu gracia salvaje, hayan sido sacrificadas á *Cocodrilo*.

El apodo de *Cocodrilo* que Vedrine halló en el fondo de su memoria de estudiante, les divirtió un momento: vieron á Astier Rehu la frente encendida, el birrete echado atrás, un pedazo de cinta roja sobre su toga negra, subrayando con gesto solemne sus chistes de repertorio, ó sus declamaciones hinchadas al estilo de Vicq d'Azir, cuyo sillón en la Academia más tarde ocupó.

Freydet se sentía presa de remordimientos al burlarse así de su obra histórica y de tantos archivos escudriñados y sacados por vez primera del polvo.

—Nada de esto, dijo Vedrine con completo desdén. Los archivos más curiosos, en las manos de un imbécil, no significan más que el careado documento humano cuando lo utiliza un novelista necio. Y si no, veamos: ¿qué título de historiador es ese de desleir piezas inéditas en pesados tomos en 8.º que nadie lee y que figuran en las bibliotecas en el estante de libros instructivos, libros para uso externo, que se agitan antes de emplearlos? Sólo la ligereza francesa puede tomar en serio esas compilaciones. ¡Lo que se burlan los alemanes y los ingleses! *Ineptissimus vir Astier-Rehu*, dice Momsen en una nota.

—Lo recuerdo, fuiste tú mismo quien le hizo leer esta nota en plena clase.

—Sí, y me llevé una grita lo mismo que el día en que, harto de oírle decir que la voluntad era una palanca con la cual todo se mueve, le grité desde mi banco, imitando su voz:—¿Y las alas, Sr. Astier? ¿qué hacemos de las alas?

Freydet se echó á reír, y dejando á un lado al historiador, trató de defender á Astier-Rehu como profesor; pero Vedrine subió de tono:

—Sí, hablemos del profesor, un desgraciado que consagra su existencia á destruir y arrancar de millares de inteligencias lo que él llama la mala hierba, es decir, la originalidad, lo espontáneo, los gérmenes de vida que un maestro debe ante todo mantener y proteger. ¡El muy necio! Bastante nos ha cepillado, peinado y limpiado. Los había que resistían al hierro y al azadón, pero el viejo se encarnizaba con las uñas hasta dejarnos limpios y lisos como los bancos de la clase. Mira, mira á cuantos han pasado por sus manos: excepto Herscher, que en su odio á la frase hecha ha llegado á lo innoble y á lo excesivo, y yo, que debo á aquel bárbaro bestia mi gusto por lo violento, lo exasperado, mi escultura de sacos de nueces, como ellos dicen; todos los demás, embrutecidos, vacíos, limpios de polvo y paja.

—Bueno: ¿y yo? dijo Freydet con un gesto cómico.

—A ti la naturaleza te ha salvado hasta hoy; pero ¡guay de ti si vuelves á caer bajo los

dientes de *Cocodrilo!* ¡Y decir que hay Escuelas nacionales para fabricarnos ésa especie de pedagogos, y que para éstos hay sueldos, cruces y hasta el Instituto!

Tendido sobre la hierba, la cabeza apoyada en la mano, agitando una rama con la cual se libraba de los rayos del sol, Vedrine decía tranquilamente todas estas cosas violentas, sin que un músculo alterase su ancha cara de dios indio, gruesa y blanca, en la cual los ojuelos alegres avivaban un tanto la indolencia y lo dormido de las facciones.

El otro le escuchaba como perturbado en sus hábitos de veneración.

—Bueno; ¿pero cómo te las arreglas para ser amigo del hijo, odiando así al padre?

—Ni una cosa ni otra. Pablo, con su aplomo de viejo gastado y su cabeza de mujer alegre, me interesa. Quisiera vivir para ver en qué pára...

—¡Ah, señor de Freydet! dijo entonces la señora Vedrine interviniendo en la conversación desde donde estaba. ¡Si viese usted cómo explota á mi marido! La restauración de Mousseaux, la galería nueva que da al río, el pabellón de mú-

sica, la capilla, todo lo ha hecho Vedrine. Lo mismo que el panteón de Rosen; no le pagarán más que la escultura, cuando la idea, el arreglo total, todo ello es de mi marido.

—Déjalo, dijo el artista sin alterarse. ¡Diantre! ¡Mousseaux! En su vida ese chico hubiese encontrado la idea de cornisa que yo hallé bajo las capas de bestialidad con que le iban cubriendo los *arquitontos* hacía treinta años. ¡País delicioso! Duquesa amable y poco molesta, y el amigo Freydet que me hallé casi al lado en Clos-Jallanges. Y además, mira, tengo demasiadas ideas que me estorban y me devoran. Me hacen un favor cuando me desembarazan de algunas. Mi cabeza parece una estación de empalme, en que las locomotoras están preparándose para salir en todas direcciones. Y ese joven lo ha comprendido: á él le faltan las ideas, me toma las mías, las pone á punto para que gusten á la parroquia, convencido de que no reclamaré nunca... ¡Pero no me engañal Le adivino perfectamente cuando viene á pillarme algo, con su aspecto burlón y sus ojos indiferentes, hasta que de pronto hace una pequeña mueca nerviosa con la boca. Cosa hecha y á

casa. Aparte seguramente se dice: ¡Qué necio es Vedrine! No piensa que yo le espío, que le saboreo... Y ahora, dijo el escultor levantándose, te voy á enseñar mi guerrero, luego veremos mi jaula. Ya verás; es curiosa.

Dejando la terraza para entrar en el palacio, subieron un vestibulo circular de algunos escalones, y cruzaron un salón cuadrado, el antiguo salón de la secretaría del Consejo de Estado, sin testeros ni suelos, dejando ver el azul del cielo entre las enormes viguetas de hierro retorcidas por las llamas que separaban los pisos.

En un rincón, junto á la pared donde colgaban largos tubos de plomo invadidos por la hierba, un boceto en barro de la tumba de los Rosen yacía entre las ortigas y enredaderas, partido en tres pedazos.

—Ya ves, dijo Vedrine, ó, por mejor decir, no lo ves.

Y le descubrió el monumento.

No era fácil contentar á la Princesa en sus caprichos funerarios; se habían necesitado muchos ensayos, concepciones de tumbas egipcias, asirias y babilónicas, antes de llegar al proyecto de Vedrine, que hacía saltar á los arquitectos,

pero que no carecía de grandeza. Era una tumba militar, una tienda abierta con las telas levantadas y dejando ver dentro, ante un altar, el sarcófago ancho, bajo, afectando la forma de cama de campaña, y sobre él el buen caballero, el cruzado, muerto por el Rey y por su fe: á su lado la espada rota, y á sus pies un gran lebrél tendido.

Por la dificultad del trabajo y la resistencia del granito de Dalmacia, por el cual tenía la Princesa especial empeño, Vedrine se había visto obligado á tomar el martillo y el cincel y á trabajar bajo el paraguas de picapedrero en el cementerio del Père-Lachaise.

Al cabo, y después de mucho tiempo y no pocas fatigas, la obra estaba casi terminada. Sonriendo y sin la menor amargura, añadió el escultor:

—¡Y ese tunante de Pablo Astier sacará de ahí no poca honra!

Luego levantó una cortina vieja que tapaba una abertura del muro que en su tiempo fué una puerta, é hizo entrar á Freydet en el enorme vestibulo, con testero de tarima, adornado de esteras y cortinas sobre las ruinas: era el estudio.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Indo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Tenía todo el aspecto de un huerto cubierto, porque una soberbia higuera crecía en un rincón bañado por el sol, retorciendo sus ramas de hojas decorativas, y cerca de ella un calorífero roto parecía un pozo viejo, adornado como estaba por las enredaderas. Allí trabajaba hacía ya dos años, en invierno como en verano, junto á la niebla del río vecino, con las corrientes de aire heladas y mortíferas, sin estornudar una vez, como él decía, tranquilo y robusto como uno de los grandes artistas del Renacimiento, cuya cara ancha tenía, llena de fecundidad imaginativa. Ahora estaba hasta allí de escultura y de arquitectura, como si acabase de escribir una tragedia. En cuanto hubiese acabado y cobrado el mausoleo, se iría á subir el Nilo, en piragua, y pintaría desde la mañana hasta la noche. Y mientras hablaba, apartando un escabel y una silla de montar, condujo á su amigo ante una enorme piedra empezada.

—Ahí está mi guerrero. Dime con franqueza qué te parece.

Freydet se quedó algo asustado y como molesto ante las dimensiones colosales del guerrero tendido, de tamaño mayor que el natural, para

proporcionarle á la altura de la tienda, y con esa exageración violenta de los músculos que da á sus obras Vedrine, ante todo enemigo de lo lamido; ofrecía el aspecto incompleto, prehistórico, de una obra bella que no ha sido desprendida de su escoria. Sin embargo, á medida que miraba y comprendía mejor la inmensa estatua, llegaba hasta él la fuerza radiante y atractiva que despide lo bello en el arte.

—¡Soberbio! dijo al fin el provinciano con profunda convicción.

El escultor, entornando los ojos, con una media sonrisa, añadió:

—No á primera vista, ¿eh? Hay que hacerse, y me temo que la Princesa, cuando vea este terrible guerrero...

Pablo Astier debía llevarla dentro de algunos días, en cuanto estuviese cepillado y pulido, y era ésta una visita que le inquietaba, conocedor como era del gusto de las mujeres del gran mundo, y harto de oír en el Salón, los días de moda, á cinco francos la entrada, las frases hechas que llenaban las salas y que se recrudecían al llegar á la de escultura. ¡Lo que mienten y lo que dicen! No hay en ellas más sinceridad

que en sus trajes primaverales, que estrenan con motivo del Salón.

—Por lo demás, querido, prosiguió Vedrine saliendo con su amigo del estudio, de todas las muecas parisienses, de todas las mentiras de sociedad, no la hay más descarada, á la par que cómica, que el entusiasmo por las cosas de arte. Afectación que hace reventar de risa, religión que todos practican y en que nadie cree. ¡Como la música! Si las vieras, el domingo...

Enfilaron un largo corredor invadido también por la vegetación curiosa de todos los gérmenes llevados de los cuatro puntos cardinales, que se hinchaban y verdeaban el suelo y brotaban por entre los frescos de los muros reventados, ennegrecidos por las llamas. Se encontraron en el patio de honor, antiguamente enarenado y formando hoy un verdadero campo, en el cual algunas tablas encuadraban un huerto lleno de tornasoles en que maduraban las fresas y los rosales, un pequeño jardinillo en mitad de un bosque virgen; y para completar la ilusión, junto á él una casita de ladrillo.

—El jardín del encuadernador y su barraca, dijo Vedrine, señalando sobre la puerta entre-

abierta un letrero con caracteres de á pie, que decía:

ALBINO FAGE

ENCUADERNADOR DE TODAS CLASES

El tal Fage, encuadernador del Tribunal de Cuentas y del Consejo de Estado, había logrado salvar su casa de las llamas y constituía con el portero toda la vecindad del palacio.

—Entremos en su casa un momento, y verás un tipo curioso, dijo Vedrine.

Acercándose á la puerta, gritó:

—¡Eh, señor Fage!

Pero el modesto taller de encuadernación estaba desierto; el tablero junto á la ventana estaba lleno de recortaduras, de virutas de cartón y de registros verdes con sus cabos de latón. La singularidad del taller consistía en que la mesa, la silla vacía, los estantes cargados de libros y hasta el espejo de afeitarse colgado de la falleba, era pequeño, como hecho á la medida de un chico de doce años: parecía la habitación de un enano, algo como un encuadernador de Lilliput.

—¡Es un jorobado! murmuró Vedrine á Freydet; un jorobado mujeriego, lleno de pomada y de perfumes.

Un fuerte olor de peluquería, de esencias de rosa y de agua de Colonia, se mezclaba al vaho de la cola, que se pegaba en la garganta. Vedrine volvió á llamar hacia donde estaba la alcoba, y salieron.

A Freydet le divertía esto de un jorobado Tenorio.

—Quizá tiene una cita...

—¿Te ríes? Pues bien; sabe que ese Quasimodo se permite el lujo de tener las mujeres más hermosas de París, á creer las fotografías que llenan las paredes de su cuarto con dedicatorias *Á mi Albino... Á mi querido Fage*. Y nada de pulpos: mujeres de teatro, tunantas de alto vuelo. No las trae aquí nunca, pero de vez en cuando, después de dos ó tres días de ausencia, entra en mi estudio, medio temblando, y con su sonrisa asquerosa me cuenta que se ha obsequiado con un tomo en octavo soberbio ó un tomito en dozavo, que es como llama á sus conquistas, según el tamaño.

—¿Y dices que es feo?

—Un monstruo.

—¿Sin dinero?

—Un encuadernadorcillo que vive de su trabajo y de su huerto. Con todo esto, inteligente, erudito y con una gran memoria. Nos le encontraremos, sin duda, rondando por algún rincón del Palacio... ¡Es un gran soñador el tal Fage, como todos los hombres de pasiones! Sígueme, pero cuidado con tropezar: el camino no es muy cómodo que digamos.

Subieron una ancha escalera, cuyos primeros escalones se conservaban todavía, lo mismo que la barandilla oxidada, rota y retorcida por algunos sitios. De pronto se cruzaba un deleznable puente de madera, sostenido con las traviesas de la escalera entre altos muros, en los que se adivinaban restos de grandes frisos de color de sebo, la grupa de un caballo, un torso femenino, desnudo, con grandes títulos que apenas se leían en los grandes cartelones dorados, *La Meditación, El Silencio, El Comercio aproximando á los pueblos*.

En el primer piso, un corredor largo, de techo abovedado como el de los circos de Arlés y de Nimes, se perdía entre muros ennegreci-

dos, agrietados, alumbrados á trechos por anchas hendiduras, dejando ver restos de yesos, de cañerías de inestricable broza. A la entrada del pasillo se leía: *Corredor de ujieres*: era por el estilo del de abajo, pero el techo había cedido, y ya no era más que una larga azotea llena de enredaderas, que subían por los pocos arcos que estaban de pie, y caían hasta el nivel del patio de honor. Desde allí se veían los techos de las casas vecinas, los muros blancos del cuartel de la calle de Poitiers, los grandes plátanos del hotel Padovani, balanceando en sus copas nidos de cornejas, abandonados y vacíos hasta el invierno, y abajo el patio desierto, bañado por el sol, el jardinillo del encuadernador y su estrecha casita.

—¿Oye tú? Las hay, ¿eh? dijo Vedrine señalando á su camarada la flora salvaje de una exuberancia y variedad tan extraordinarias, que llenaba todo el palacio. Si Cocodrilo lo viera, ¡qué ira!

De pronto, retrocediendo, añadió:

—¡Vamos, parece imposible!

Abajo, junto á la casa del encuadernador, acababa de aparecer Astier-Rehu, á quien se re-

conocía por su larga levita verdosa y un sombrero de copa ancho y bajo, el sombrero célebre en toda la orilla izquierda, echado hacia atrás sobre sus cabellos grises, que le hacían como una aureola: el arcángel del bachillerato; Cocodrilo en persona.

Hablaba con viveza á un hombre pequeñito, al aire la cabeza reluciente de pomada, encerrado en una chaqueta clara, en la cual sobresalía como una coquetería la deformidad de su espalda. No se podía oír lo que decían, pero Astier parecía muy animado, moviendo el bastón, bajándose hasta la cara del pequeñín, que, por el contrario, estaba muy tranquilo, el aire reflexivo y las dos manos cruzadas por detrás, debajo de su joroba.

—El aborto ése, ¿trabaja para el Instituto? preguntó Freydet, recordando ahora el nombre de Fage, pronunciado por su maestro.

Vedrine no contestó, atento á la mímica de los dos hombres; la discusión acababa de interrumpirse de golpe, y el jorobado entraba en su casa con el gesto del que dice:—¡Como usted quiera!—mientras Astier-Rehu se dirigía á grandes zancadas hacia la puerta de la calle de Lille;